

GREGORIO MARAÑÓN

La oportunidad de referirme a Gregorio Marañón, el gran español que acaba de fallecer, es para mí de especial gratitud. Con estas líneas descargo mi alma de una parte de la pesadumbre que la agobia desde la tristísima noticia, tal vez porque el dolor es más llevadero compartido con los que, de un modo o de otro, querían a Marañón, ya que admirar es en definitiva una forma de querer. Tal vez porque el trato de tantos años con el maestro me impone como la necesidad de transmitir la parte de su mensaje que recibí por este trato. Y no es que yo presuma de haber sido depositario de ningún secreto o intimidad especial, sino que la carga afectiva y vital del hombre era de tal magnitud, que ante él se sentía siempre la impresión de presenciar un fenómeno de la naturaleza cuya esencia debía comunicarse a los demás. Y porque una de sus más claras enseñanzas era la de compartir, compartirlo todo y considerarnos sólo como instrumentos de una gran obra de perfeccionamiento y progreso lento pero inexorable, para servir al cual es indispensable darse enteramente, volcarse en los demás, hacerles partícipes de nuestros bienes espirituales. Esta transmisión de cuanto a su lado aprendí y disfruté es lo que intento ahora, con el temblor de la duda ante mi capacidad para lograrla.

De la biografía de Marañón podrían escribirse y se escribirían densos volúmenes. Sólo quiero destacar algunos hechos decisivos para su personalidad. Su padre fue un destacado magistrado santanderino, hombre de letras, estudioso, traba-

jador incansable, que transmitió a su hijo con estas cualidades dos elementos importantísimos para su formación: el conocimiento y trato con ilustres personalidades como Menéndez Pelayo y Galdós, y una fe ardiente en el liberalismo que empapaba las instituciones docentes en que se plasmó su espíritu de adolescente. De sus recuerdos de Menéndez Pelayo, Galdós y Pereda, nos quedan datos preciosos en numerosas páginas de Marañón, así como de la influencia decisiva sobre sus aficiones intelectuales. Incluso cuando se trataba de disentir en algún punto con alguno de ellos, como sucedió con don Marcelino a propósito de determinadas interpretaciones históricas. En la actitud de Marañón hacia la religión y hacia la iglesia, tan mal entendidas en general, resuenan acentos de las influencias opuestas de Galdós y de Menéndez y Pelayo. Quizás esta iniciación fundamentalmente comprensiva, en la que desde un principio pesaron aspectos opuestos de una misma cuestión, tuvo importancia decisiva en la actitud que Marañón desplegó ya toda su vida frente a cualquier problema. Actitud de comprensión, de tolerancia, de reconocimiento de las propias limitaciones y de la razón posible del contrincante; deseo constante de apartar del juicio el vaho turbio de la pasión; de contar con la pasión tan sólo como motor y acicate para llegar más pronto a la meta justa y ponderada.

Ninguna vocación como la de médico podía aprovecharse de esta aptencia de verdad y ecuanimidad, y es posible que en la elección de la carrera tuviera buena parte esa inclinación.

Don Gregorio nació en Madrid en 1887, de padre santanderino, como dije, pero de madre gaditana. Muchas veces le oí ufanarse de esta circunstancia y recrearse con mi madre en la común ascendencia. Dícese de doña Carmen Posadillo que era una andaluza alegre y graciosa que llevó a su hijo de pequeño a Cádiz para verter sobre su cabeza la sal de aquel mar cargado de sabiduría. Dan tentaciones de buscar en esta ascendencia la raíz de aquella alegría de Marañón, aquel gusto por la gracia, ya fuera en una copla popular o en el des-



Doctor GREGORIO MARAÑÓN

plante de una bailarina. Gran aficionado a la poesía era don Gregorio; muchas veces le oí comentar embelesado la obra de Manuel y de Antonio Machado, de García Lorca. Y no era, no podía ser el andaluciano de pandereeta. Pero tanto en una como en otra cara del portentoso atractivo andaluz, discernía siempre lo permanente y auténtico de lo postizo, sin comprometerse ni con entusiastas sistemáticos ni con detractores recalcitrantes. Así era en todo, aún con sus mejores amigos y, por supuesto, consigo mismo. La admiración por una figura no le impedía jamás advertir sus flaquezas; la oposición a un hecho cualquiera estaba siempre dispuesta a dejar filtrar el reconocimiento de cuanto pudiera tener de sano o positivo. No encontrarán jamás a Marañón los que pretendan encasillarlo. Los casilleros, de cualquier clase que fueran, eran siempre demasiado estrechos para él. En lo estético admiraba la Andalucía honda, trascendente, la de los poetas que antes mencioné. Le hacían mucha gracia unos versos que me recitó no hace mucho más de un año, en un rincón y como quien refiere una picardía; versos de Antonio Machado, no sé si publicados, creo recordar que me dijo que habían sido encontrados entre los papeles que el poeta dejó desordenados al morir. Decían así:

Sevilla,
Sevilla sin sevillanos,
¡qué maravilla!

Pero esta evidente crítica a lo vano de un medio que su autor hubiera querido perfecto, no embanderaba a Marañón en ningún partidismo anticolorista. Una de las últimas veces que estuve en su casa me llevó a una habitación alejada de los invitados y me enseñó la última tela llegada a su maravillosa colección; un óleo de Gonzalo Bilbao, lleno de luz y de color que representaba a unas sevillanas en el puente de Triana. Y me dijo lleno de admiración: “¡Qué maravilla! ¡Es todo el teatro de los Quintero!”.

Pero retomemos el hilo de la formación de Marañón en Santander. Su enseñanza secundaria la recibió en el Instituto Cántabro, institución liberal creada en 1838, donde se habían educado, además de su padre, Pereda y Menéndez Pelayo. Para dar una idea del espíritu de la casa en que se forjó el de Marañón, bastará recordar que de su patio emergió en 1857 el primer globo que surcó el cielo montañoso y que en su aula de física se encendió la primera lámpara eléctrica. Estos hechos ayudan a comprender el espíritu progresista y la devoción a las disciplinas científicas que plasmaron la humanidad de don Gregorio. Otro aspecto importante de aquel ambiente que dejó su impronta indudable en él, fue la energía de aquellos núcleos provincianos tan ávidos de conocimiento y de universalidad, tan finos y puros, de cuya absorción por la que llevó la gran ventosa de la vida oficial madrileña, se dolió alguna vez Marañón. Sin duda el recuerdo de aquellos maestros denodados, impulsados sólo por el afán de crear nuevos rumbos para la España herida del fin de siglo, hizo nacer en su espíritu la veneración por cuanto significó la generación del 98 y un recuerdo profundo, un amor vivísimo por lo que se ha llamado la periferia española. Amor que hizo patente en cuantas ocasiones pudo, lo mismo en Santander que en Cataluña o en Andalucía. ¡Qué patéticas frases dedicó muchas veces al alma catalana de la que tan cerca se sentía! El mismo lo dijo en emocionados versos, de los pocos que escribió y que eran sin duda eclosión de sentimientos muy vivos y hondos; versos que dicen:

¡Qué cerca estoy de tí... sin saber cómo
oh tierra catalana!
La de las costas de las calas verdes,
la de los pueblos de las casas blancas,
la de los montes de olorosos pinos,
la de las vegas de las tierras grasas,
la que ha sabido hacer rumor bucólico
del trepidar fecundo de las fábricas,
la de los hombres graves y corteses

que saben ser de ayer y de mañana.
¡Qué cerca estoy de tí... sin saber cómo
oh tierra catalana!

Y, sin embargo, este hombre que amó entrañablemente la periferia española de su cuna, centró su vida espiritual en el corazón mismo de Castilla, en lo más recio y concentrado de la meseta: en Toledo, la imperial, la de Carlos V. Hace poco más de un año, visitando con él la magna exposición de Carlos V y su tiempo, instalada en el Hospital de la Santa Cruz toledano, veía lucir en los ojos de Marañón, enfebrecidos de entusiasmo, su identificación total con el sentido de cuanto aquello representa. En este rasgo parece advertirse, otra vez, su inquebrantable vocación de autenticidad y pureza, su insobornable adhesión a lo noble, a lo bienintencionado, lo elevado y generoso, fuera de la tendencia que fuera. Quien no sepa entender este médulo de Marañón; quien no sepa participar de su violenta aversión al prejuicio; quien no alcance a concebir que pueda amarse la independencia espiritual de la periferia española y al mismo tiempo a Toledo Imperial, la poesía trágica de una región y también la gracia y el color de su espíritu, no sabrá nunca entender a Marañón ni podrá aprovechar su lección suprema, lo mismo en medicina que en arte, en historia que en política.

Sin duda por esto no fue nunca Marañón hombre de partido. De ideas, sí; fundamentalmente hombre de ideas. Pero en cuanto los partidos, fuesen los que fuesen, y más si eran los de sus correligionarios, se ponían a deformar las ideas para hacerlas entrar en los moldes de la política, Marañón se apartaba de ellos, por lo menos de sus actividades prácticas, y se quedaba al margen como un gran espíritu tutelar, alentando o acusando. Y muchas veces, muchas, todas las que lo aconsejaba su tremenda conciencia del deber y la responsabilidad, callando, cuando no creía que su palabra podía llevar remedio o siquiera alivio a algún mal social o político. La virtud del callar oportuno en Marañón es una de las

más delicadas y sutiles y de las más aprovechables en nuestros países que, entre tantas cosas comunes, comparten acaso una falta de prudente inhibición ante el hecho desconcertante o el problema intrínseco. Un ejemplo corriente pero acaso significativo de esta característica de don Gregorio, era su actitud en cualquier reunión y especialmente en las comidas en que congregaba a sus amigos. Marañón hablaba generalmente menos que los demás, pero ¡qué juez certero, qué claridad y precisión para dictaminar sobre lo que se decía, a veces sin decirlo él mismo, sólo con un leve gesto o hasta con la mirada! Y cuando hablaba, ¡qué ejemplo deslumbrante de equilibrio, de justicia y comprensión! Le irritaba, eso sí, la mala fe; el logro apoyado en malas artes o en el privilegio, que a veces le hacía estallar en verdaderos accesos de ira, con descarga de puñetazos sonoros sobre la mesa. Ira siempre breve y de la que se desprendía al instante con una elegancia insuperable, como quien se sacude un salpicón de barro. Aparte la injusticia y el logrerismo, le irritaba también la estupidez. Una reacción atrabiliaria, una medida gazmoña, aún en nombre de las más altas dignidades espirituales, le ponían fuera de sí. Quería todos los derechos para el pensamiento, para las manifestaciones estéticas, y cualquier ataque o cortapisa a una pura expresión de la inteligencia o del arte lo llevaban a verdaderos estados de furia.

Marañón siguió sus estudios en Madrid donde su padre tenía su cargo y su hogar y allí hizo amistad con Miguel Moya, hijo del ilustre periodista del mismo nombre del que luego se convirtió en yerno. De estudiante parece que fue tímido y que no ejerció de cabecilla entre sus compañeros. Es posible que en la elección de la carrera de médico influyera, además de las condiciones morales ya apuntadas, el prestigio con que Galdós revistió a los médicos en algunas de sus obras, así como Ramón y Cajal con sus Reglas y Consejos. Para la Investigación Científica Cajal fue siempre una figura decisiva en la carrera de Marañón, en su afán de modernizar nuevos ámbitos de la ciencia médica española y de ponerla a

la altura de otras naciones. Su primera orientación, dentro de la Medicina, fue la neurología y la psiquiatría. Entre sus profesores, Olóriz al nombrarle Ayudante de Prácticas de Anatomía en 1905, influyó seguramente sobre su afición a la Endocrinología, ya que su tesis doctoral versó sobre Investigaciones Anatómicas de las Paratiroides. También tuvo gran influencia sobre Marañón el profesor Medinabeytia con quien trabajó como alumno interno en 1906. Se licenció en Medicina en 1909 y se doctoró en 1910, ambos trámites con premio extraordinario .A poco de recibido, y ya en relaciones con la que había de ser su mujer, Dolores Moya, partió a Frankfort, donde estudió seis meses con Ehrlich que acababa de terminar sus investigaciones sobre el 606. Ehrlich encomendó a Marañón el desarrollo de estudios relacionados con dichas investigaciones a su regreso a España. En 1911, en Madrid, gana una plaza de médico en la Beneficencia Provincial y se le encomienda el Departamento de Enfermedades Infecciosas del Hospital Provincial. Inmediatamente ingresa en el Cuadro de Asistencia de la Asociación de la Prensa. En aquella época frecuente la tertulia de don Miguel Moya, director de "El Liberal", donde se analizaban los sucesos y personalidades artísticas y políticas de actualidad. Seguramente allí nació su afición al periodismo. Yo he oído referir a su esposa, Lolita, que don Miguel elogiaba las condiciones periodísticas, el estilo claro y persuasivo de Marañón. Y le animaba a desarrollar esta faceta de su talento. Colaboró en "El Liberal", "ABC", "El Sol", "Ahora", en innumerables publicaciones americanas de habla española y especialmente en "La Nación" de Buenos Aires que recogió una parte importantísima, por momentos fundamental, de la labor periodística de Marañón. Colaboró también en publicaciones técnicas y literarias, aparte naturalmente las de carácter médico, como la "Revista de Occidente" dirigida por Ortega y Gasset. En 1922 es elegido miembro de la Real Academia de Medicina y en el mismo año pronunció su discurso de ingreso. En 1925 Marañón transforma su Servicio del

Hospital Provincial en el que hoy es Instituto de Patología Médica, que fue desarrollando y mejorando desde entonces año tras año, sin ayuda oficial. Ya en aquellos años era médico famoso. Asistió a Menéndez Pelayo y Galdós y después prácticamente a todas las personalidades españolas e hispanoamericanas y a no pocas de las más descollantes en el piano internacional, ya fuese en Madrid o en las numerosas consultas que le solicitaban en países extranjeros.

De aquella época aproximadamente data mi conocimiento de Marañón. Un gran clínico argentino, el profesor Juan José Vitón, al saber que mis padres viajaban a España aconsejó a mi madre que lo consultara. Nunca agradeceré bastante aquel consejo al que debo la iniciación de una entrañable amistad familiar y más tarde, entre otras cosas, la salud de mi padre a quien Marañón, en 1935 y en trance gravísimo, le salvó literalmente la vida. Desde 1925 y sobre todo al comenzar mis estudios de medicina, asistía casi cada año a su Servicio del Hospital Provincial y recibía sus lecciones y su influencia, que ya no dejarían de acompañarme. En la consulta externa, que tantos médicos argentinos conocieron, escuchaba las historias de los pacientes, los examinaba y hacía consideraciones diagnósticas y terapéuticas, siempre abiertas a cualquier sugerencia con tal, eso sí, de que fuese discreta. Porque una de las más encendidas preferencias de don Gregorio era la discreción. Detestaba lo desmesurado y osado: quizás por eso él, tan respetuoso del parecer ajeno, no era partidario de prolongadas discusiones en las reuniones científicas. Creía que en ellas se ponía de manifiesto más bien el espíritu y las condiciones polemistas que el afán de acercarse al conocimiento y la verdad. “Esas cosas —decía— están bien en otros países, pero entre nosotros son peligrosas”. Hasta la última vez que asistió al Hospital, pocas semanas antes de morir, recuerdo que tuvo la actitud corriente en él de pedir la opinión de los que le circundaban ante un paciente allí presente y, cuando todos dijimos lo que nos parecía, él, sencillamente, dijo, sin ningún énfasis, que a él le parecía todo lo contrario.

Y había en su tono una aceptación ejemplar de que la verdad lo mismo podía acompañar a uno que a otro parecer.

Este aspecto de la tolerancia de Marañón y el respeto por la opinión ajena, tan próximo a la humildad, ha llamado la atención de cuantos le conocieron. Algunos no supieron comprenderla siempre y aun han puesto en tela de juicio la humildad de don Gregorio, porque sus convicciones eran a menudo firmes y entonces las defendía con calor y no se dejaba influir fácilmente. Sin duda esta actitud de firmeza correspondía a su exuberante y recia personalidad, a la fuerza de su inteligencia y de su voluntad unidas, sin la cual mal podía haber realizado la obra ciclópea que nos lega; pero en el recogimiento de la meditación, allá en la celda más escondida de su cigarral toledano, cuando escuchaba a un tiempo sus propias voces interiores y las del pasado que resonaban en su alma como en un órgano maravilloso, estoy seguro que nadie tan permeable a la verdad y al acierto, viniesen de donde viniesen

También era rasgo típico de Marañón, emparentado con su amor a la discreción, su entusiasmo por el buen gusto. No sólo en el sentido corriente sino en sus más insospechadas consecuencias. En Buenos Aires publicó, en circunstancias críticas, un maravilloso artículo sobre el buen gusto en el arte de gobernar a propósito de Isabel la Católica, que debería ser lectura predilecta de políticos y gobernantes. Esta inclinación por el buen gusto le indujo sin duda a llevar una vida social activa y brillante, dentro de lo compatible con su tarea abrumadora. Era partidario del diálogo matizado, del comentario leve, de la curiosidad por todo lo actual, lo mismo si se trataba de una exposición de pintura que de un descubrimiento arqueológico. Su afición y gusto por la pintura eran vivísimos y, ayudado por el medio en que actuó y por su incomparable prestigio, reunió una colección admirable, en la que figuraban varios Grecos, un Pantoja y un Goya, a más de obras de famosos pintores del XIX y XX, como Lucas y Solana. A Solana lo trató y, naturalmente, lo asistió

como médico; le hacían mucha gracia sus salidas estrafalarias que celebraba regocijado, sin importarle que a veces fueran de calibre más que mediano. Pues el buen gusto de Marañón era, como es natural, auténtico y consistía principalmente en huir de toda afectación. Sabía a tiempo celebrar y aún referir un chascarrillo, incluso si se acompañaba de alguna expresión desgarrada.

Desde la época de su ingreso a la Academia de Medicina la ascensión de Marañón fue sostenida y su crédito como médico y como pensador no conoció mengua. En los últimos tiempos de la Monarquía su afán patriótico y aquella pasión que le embanderaba en cuanto juzgaba noble o elevado y necesario para su patria, tuvo una activa participación en la preparación de los ánimos que facilitó el advenimiento de la República. Conjuntamente con Ortega y Gasset y con Pérez de Ayala firmó el famoso manifiesto "Al Servicio de la República". Prácticamente toda la intelectualidad española, comprendidos los estudiantes, y no sólo española, sino cuantos amamos a España y recibimos la luz viva del hechizo de don Gregorio, concebimos aquel manifiesto y fuimos influidos por sus conceptos. Una vez proclamada la República, le instaron a que tomase participación activa en su conducción. Marañón vaciló poco; he oído referir en su casa una célebre jornada en que el hogar, y con él muchos ciudadanos de España, vivieron la angustia de la decisión de don Gregorio. Marañón se retiró a su medicina, a su literatura, a su mundo del pensamiento y la crítica. Algunos le reprocharon su alejamiento de la labor directa en las esferas políticas, en nombre de la responsabilidad adquirida al favorecer la República. Era no conocer a don Gregorio pedirle lo que él no podía dar, precisamente por imperativo de conciencia, y pretender así privar a España de una de las voces más claras, más alertas e independientes, cuya misión no era la de amoldarse a las inevitables tolerancias de la actividad política, sino orientar y advertir. Actitud muy semejante fue la de otros insignes pensadores como Ortega.

Se ha podido pensar que la orientación que Marañón quería para su patria no fue oída, que su voz quedó sin eco entre la gritería de unos y de otros. Es muy difícil saber lo que un pensamiento recto, unido a una conducta intachable, pueden haber influido y seguramente influirán en el futuro sobre la marcha de una nación. Al comparar el ideal de Marañón con los hechos ocurridos, no hay que olvidar que cada uno tiene su órbita propia en el espacio y el tiempo y sería imperdonable defecto de miopía circunscribir el horizonte del pensamiento y el ejemplo marañoniano al de un período y un lugar. El pensamiento corre, se proyecta, va más allá que los hombres y los acontecimientos. Nadie sabe todavía todo lo que Marañón ha dado a España; nadie sabe lo que aún dará para su mayor gloria y para confirmación de su visión esperanzada y optimista. Tendrán que pasar muchos años, muchos acontecimientos para que las mentes serenas puedan medir en adecuada perspectiva la influencia y el impulso que Marañón imprimió a su país. Si la generación del 98, que él veneró, supo ver la orientación moderna científica por la que España debía salir de su recodo histórico, Marañón fue uno de los más eficaces, tal vez el más eficaz y seguramente el más tenaz, de los realizadores de esa misión. Confirman estas palabras el hecho de que el entierro de Marañón ha constituido en España una manifestación de todos los estratos, como no se recordaba. Desde las más altas esferas en todas sus calificaciones, encabezadas por la representación oficial, hasta las más humildes, comprendidos aquellos pacientes menesterosos que él cuidó en el Hospital General y a los que sonrió con simpatía humana, la avalancha que acompañó su último viaje fue impresionante hasta extremos insospechados. Cuando una personalidad conmueve a toda una nación de ese modo, es que sus raíces son muy hondas y su influjo se deja sentir y se dejará sentir por muchos años, más allá de lo que los avatares circunstanciales pueden aparentar.

Estos hechos dan la razón al inquebrantable optimismo de don Gregorio. El optimismo era en él como una segunda

religión. Creía en su eficacia y alguna vez dijo que el optimismo crea la ventura y el pesimismo la adversidad. Sin duda por eso, allá en París, entre los años 1936 y 1943, en que los acontecimientos que rodearon a la guerra española le mantuvieron alejado de su patria, solía repetir: "Si la pena no muere, se la mata".

Yo tuve la fortuna de acompañarle muchas veces en 1938 y 1939 por París, a Hospitales y Bibliotecas, donde entraba como el más sencillo de los médicos extranjeros. Nos sentábamos en la consulta pública de algún profesor distinguido; todos le invitaban a pasar a su lado, le consultaban y atendían con deferencia. Pero él rechazaba aquellas distinciones con la mayor naturalidad y permanecía allí sentado, tranquilo, atento a la lección o al caso clínico. Y en su actitud no había jamás resentimiento ni vergüenza ni vanidad herida. Seguía siendo tan gran señor de la medicina como cuando presidía la más solemne de las sesiones académicas. Esa lección de la verdadera autoridad, la que se lleva dentro y no depende del ambiente ni de las circunstancias, es una de las más hondas y patéticas que podían recibirse del maestro. Por las tardes, en su piso de la calle Marboeuf, luego de la calle Georges Ville, trabajaba, estudiaba, escribía, veía pocos enfermos, recibía algún amigo; y siempre su actitud era serena, segura, y sólo empañada por la desgarradora angustia del drama que se desarrollaba al otro lado de los Pirineos.

Durante los años de París hizo dos viajes a Sudamérica y en ellos pudimos oírle y acompañarle cuantos le admirábamos y queríamos. De vuelta a España su actividad médica comenzó casi sin diferencia con la que abandonó siete años antes. Pronto su labor tomó el ritmo acelerado de otros tiempos y comenzó su última etapa, brillante como las anteriores, que continuó ininterrumpida hasta que, hace poco menos de dos años, el primer y gravísimo episodio de trombosis cerebral puso un acento tétrico en la vida luminosa de don Gregorio. Se repuso, reinició su labor como si nada hubiese pa-

sado y adoptó la actitud de que, en realidad, todo había pasado definitivamente. No sabemos hasta qué punto lo creía así hasta hace un año, cuando frente a todos los que le aconsejaban prudencia y descanso, se reía y redoblabla su actividad en el Hospital, en el libro, en el Instituto de Endocrinología, ese instituto que él tanto amó, al que donó el premio Juan March que se le confirió hace poco y que en estos días será bautizado Instituto Maraón, parejo al que en el mismo edificio, lleva el nombre de Instituto Capil. Este último año le encontré cambiado; no hablaba de su enfermedad pero seguramente advertía su progreso. Sin embargo seguía desarrollando todo el esfuerzo que su quebrantada naturaleza le permitía. Hay quien piensa que quiso ir hacia su muerte dignamente, con la gallardía con que recorrió su vida excepcional. Es posible. Si sus facultades físicas estaban cercenadas su juicio era perfecto. En una comida, en una larga sesión del Hospital donde podían advertirse fallas e insuficiencias, nunca le ví decaer en lo certero del criterio ni en lo ecuánime y sutil de la apreciación, aún dos semanas antes de su muerte. Quizás por eso mismo conocía perfectamente que el fin estaba próximo. Pero no le arredraba; alguna vez, en los últimos tiempos, le oí criticar a la gente que teme a la muerte sin comprender que es un tránsito natural y necesario que hay que saber aceptar sin hacer de él un motivo de desolación. Este concepto de la muerte era antiguo en él y seguramente por eso no fue nunca partidario de violentarla ni profanarla con recursos heroicos, con operaciones en agonizantes. La muerte de cada hombre era sagrada para él y había que saber respetarla. Ese mismo sentido debió tener el hecho de que en sus últimos tiempos no quiso más asistencia médica que la de los pocos médicos amigos que admitía en su intimidad de enfermo, más como amigos que como médicos. Y aun de los consejos de éstos separaba todo lo que fueran medicinas, que se encontraban luego perdidas en sus bolsillos o tiradas por los rincones.

Deja al morir, su viuda, Dolores Moya, mujer ejemplar

a la que por respeto a su dolor y por veneración a su incomparable personalidad no puedo dedicar aquí unas líneas que no sean más que de profunda emoción y de acendrado afecto. Deja también sus cuatro hijos, nietos y bisnietos. Deja una pléyade de discípulos directos o lejanos, en España y en todos los rincones del mundo donde se habla español. Deja una huella y una semilla que fructificaron y seguirán fructificando a favor o en contra de vientos y lluvias, y que todos pueden reconocer y palpar como se pudo reconocer el dolor de un pueblo entero en marcha detrás de su cuerpo, camino del Cementerio de San Justo

Deja luto en las Academias que lo contaban entre sus miembros; la de Medicina; de la Lengua Española; la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; de la Historia; de Bellas Artes de San Fernando.

De la obra médica de Marañón es difícil hablar en el breve espacio que ya puedo pedir a vuestra atención. Desde su iniciación le atrajeron los temas candentes de la sexualidad que trató en magistrales y precursores trabajos como "La evolución de la sexualidad" y "Los estados intersexuales". La clarividencia del biólogo y del clínico se unían ya al más delicado tacto y a la más rigurosa actitud científica al acercarse a estos intrincados y entonces enigmáticos problemas. La Endocrinología se enriqueció con varios libros de Marañón: "Estado actual de la doctrina de las secreciones internas", "Enfermedades endócrinas y del metabolismo", "Fisiopatología hipofisiaria", "La enfermedad de Addison", pero sobre todo con centenares de artículos y monografías, algunas clarividentes como la dedicada al Bocio y al Cretinismo, después de su viaje a Las Hurdes, allá por el año 1922. También le atrajeron el reumatismo, sobre el que escribió unas admirables lecciones: "El crecimiento y sus trastornos", uno de sus últimos libros médicos. Aprovechando sus años de París escribió una obra monumental: "Manual del Diagnóstico Etiológico". Fue un precursor y un creador de nuevas orientaciones que ofrecía al interés de biólogos y clínicos. Sus

conceptos sobre fisiopatología tiroidea, el papel de las emociones y de las embriopatías, entre otros muchos que sería imposible enumerar, empiezan solamente a dar sus frutos. Pero con ser tanta la densidad de su obra médica, quizás el rasgo más importante de su aporte es la orientación que ayudó a imprimir el derrotero de la medicina y de la ciencia española; orientación moderna y científica, como ya he dicho, que enraizaba con los más puros ideales que recogió de sus próximos mayores, los paladines del 98, y que supo conducir firmemente a las realizaciones más sólidas y permanentes.

Como médico su gran lección es la de ver en cada enfermo al hombre en su totalidad. En este sentido fue, como en tantos otros, un precursor de las modernas orientaciones psicosomáticas. Especializado en Endocrinología fue todo lo contrario de un especialista en el sentido restringido de la palabra. Su visión amplia le permitió sortear el peligro de hacer de su cantón el centro de su actividad médica. Por el contrario tuvo constantemente interés y avidez de conocimiento por cuantos sectores de la medicina ofrecían aspectos nuevos o enfoques interesantes. La universalidad de su pensamiento se explayaba en el ser humano y sus dolencias, con ese tacto exquisito que facilitaba la confianza y que daba al paciente la sensación de que era acogido y comprendido. Las relaciones de médico o paciente no tenían secretos para su clarividencia extraordinaria. No se mostró nunca, sin embargo, decidido partidario del psicoanálisis entre las tendencias modernas de la psicología médica. O tal vez no lo fuera de ciertos psicoanalistas. Amigo de Freud, al que trató en París, Marañón me refirió una vez que el gran maestro vienés le había confesado su decepción al ver que los psicoanalistas habían perdido el sentido del humor. Este rasgo tan celebrado por Marañón da idea no de un escepticismo estéril sino, por el contrario, de la admirable actitud científica que ve en el humor el último temblor de duda que debe acometer al científico al abrazar una doctrina y consagrarse a ella.

De la obra extramédica de Marañón sería igualmente imposible hablar en menos del espacio que corresponde a una extensa monografía. El nacimiento de su labor como ensayista e historiador debe buscarse en el tronco médico. Pocos meses antes de su muerte escribí sobre él que si su pensamiento iluminaba por igual el ensayo, la historia y la crítica de arte, era porque en el fondo Marañón era, antes que nada, médico de pies a cabeza. Hoy veo con satisfacción que el Dr. Teófilo Hernando, gran amigo y colaborador de don Gregorio de toda la vida, expresa igual concepto en su oración fúnebre. Los primeros ensayos, como "Tres ensayos sobre la vida sexual" son de temas para médicos, e igualmente lo son obras posteriores como "Amiel", "Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla" y "Las ideas biológicas del Padre Feijóo". Aun en obras más decididamente históricas, como "Tiberio", "El Conde Duque de Olivares" y su "Antonio Pérez", el médico trasluce en la composición de la figura central o en la interpretación del cuadro de fondo. Y probablemente es este ángulo médico el que confiere a sus biografías históricas una veracidad y una penetración que superan los más concienzudos estudios histórico-psicológicos. Así, la España vacilante de Felipe IV del Conde Duque de Olivares, en que el derrumbamiento político sirve como de abono al deslumbrante florecimiento de Lope, Tirso y Calderón, con Zurbarán, Velázquez y Ribera por testigos. Seguramente el amor a Toledo de don Gregorio, que debió comenzar en las visitas en que acompañaba a Galdós por la inmortal ciudad, se realciona con este gusto y agudeza para los temas históricos. Toledo, que recorrió palmo a palmo, que conoció como nadie y amó como pocos, le inspiró obras señeras para el conocimiento de España, de su historia, su contextura étnica y su alma, tales como "Elogio y nostalgia de Toledo" y "El Greco y Toledo". Deja Marañón terminada una monografía histórica sobre los dos Marqueses de los Vélez del Renacimiento y mucho material para la historia de los emigrados españoles en Francia hasta mediados del siglo XIX.

A lo largo de estas mal hilvanadas líneas he procurado ir dando mis impresiones de Marañón a medida que los acontecimientos de su vida o la estructura de su obra lo sugerían. Gran tarea la de reconstruir una personalidad tan vasta, compleja y profunda. Seguramente en su obra está todo lo que podamos decir los que lo tratamos y nos honramos e instruimos con su trato y su ejemplo; y estos comentarios anecdóticos no pueden agregar nada a lo que en su obra dijo el científico y el artista. Acaso Marañón era más sincero y auténtico, se comunicaba más directa y desnudamente con el interlocutor desconocido cuando escribía recogido en su celda toledana, que cuando departía con sus amigos o sus colaboradores. Quién sabe qué parte de su alma entregaba en una y otra ocasión Pero no quiero terminar sin intentar decirnos lo poco más que yo puedo decir sobre Marañón el hombre, tal como lo vi agigantarse en mi consideración y en mi cariño a medida que yo iba creciendo a su sombra .

No era Marañón una persona fácil de captar, tras su aparente comunicatividad. Su carácter y sus reacciones participaban de los mismos contrastes, a veces desconcertantes, que sus opiniones e ideas. Contrastes debidos, ya lo he dicho, a su portentosa facultad de comprender las cosas más opuestas y de aceptar cuanto en ellas hubiera de sano y noble. Era cortés y afable, podía parecer cariñoso y dulce a primera vista y muchos de los que lo trataron lo tuvieron por tal. Sin embargo cuando se profundizaba se advertía que esa suavidad era superficial y que los estratos más hondos de su personalidad eran recios, en ocasiones aparentemente impenetrables. Se daba a los demás, amigos y pacientes; pero llegado un cierto nivel reservaba ya para sí herméticamente zonas de sus sentimientos que parecían vedadas a los demás. El contraste era más patente por lo mismo que el camino de su simpatía allanaba los primeros tramos de la comunicación. Alguna vez le oí decir a quien lo había tratado muchos años que era frío, y comprendo ese juicio. Esa valla con que se topaba uno, a veces inesperadamente, a mitad del camino de

su conocimiento, no era, a mi juicio, más que una forma de mantener en límites de extrema delicadeza la entrega de esa última y recóndita esencia del afecto cuya posesión sacia, aunque sea un momento, este ansia humana de adueñarse de las almas ajenas. Marañón ponía un compás de espera antes de ofrecer la última prueba de su entrega afectiva; pero cuando él sentía el impulso generoso de dar su afecto sin reservas, este llegaba por senderos, a veces inesperados, pero certeros e inequívocos. Yo, entre muchos otros, tuve pruebas evidentes de esa actitud recatada y generosa con que sabía llegar a nuestro corazón. Cuando al fin nos alcanzaba la prueba de su afecto, ¡qué bien se advertía el propósito firme y el camino arcano elegido para ofrecernos su amistad! Y al aceptar la gratitud, ¡qué sabia y elocuente era la mirada que nos enseñaba cuánto se puede expresar en pocas palabras, cuánto estimaba él que más que las palabras hablaran los sentimientos convertidos en obras!

Era compleja el alma de Marañón, como si todas las razas, las culturas, los sufrimientos y las alegrías que pasaron por España se hubieran quintaesenciado en ella, sin restarle por eso claridad ni eficacia. Sólo a costa de tales ingredientes pudo lograrse una personalidad tan completa y armónica, pero tan llena de ecos dispares. Era como una sinfonía perfecta en que los timbres y melodías se funden para mayor grandiosidad del conjunto en un triunfo de unidad milagrosa. No de otro modo podían integrarse en una sola persona el científico y el clínico intuitivo, el historiador y el artista, el psicólogo y el hombre de mundo, sin que ninguna de estas facetas estorbase a las otras, más bien ayudándose unas a otras en un pasmoso ímpetu ascensional. El equilibrio clásico que lograban estas contrapuestas aristas, hacía que en Marañón humanismo y humanidad fueran una misma cosa. Toda su actividad iba dirigida, en definitiva, a la búsqueda del hombre en quien sin duda veía un anticipo en la tierra de la imagen de Dios. A este concepto apunta una frase de él: "Soy hombre y nada de lo humano me es ajeno. ¡Cosa Sa-

grada es el hombre!" Tan sagrada que en el trance de elegir entre su humanismo doctísimo y su humanidad rebosante, vencía la humanidad siempre. A él podían aplicarse las frases que escribió sobre Luis Vives: "Su obra, es, así, muy vasta, está llena de sabiduría, de esfuerzo generoso, a veces de presentimientos geniales. Pero lo importante de Vives fue él mismo: su vivir y cómo lo apuró. En este humanista la humanidad superaba al humanismo, la vida a la ciencia". ¿No parecen las palabras más exactas que podrían escribirse del propio Marañón? Estoy seguro que le hubiera gustado inspirarlas a algún espíritu tan agudo como el de él y que en Vives acaso se vió retratado algunas veces, a la luz de los acontecimientos que emparentan la vida de estos dos egregios españoles

La posición ideológica de Marañón es evidente en su trayectoria y en sus declaraciones. Fue profundamente liberal; ya hemos visto que el liberalismo fue en él casi congénito. Pero lo más respetable de esta actitud es que respondía a una conducta inquebrantable y a un ejercicio diario y permanente de su esencia. Así se ha podido decir que sus posturas públicas eran consecuencia de su vida privada; no cabe más honroso elogio ni puede pedirse más noble actitud a quien como él acertó a influir de modo decisivo en el panorama social y político de su patria. Por su capacidad de reconocer los derechos y la parte de razón que asistía a sus contrincantes, por su gusto de la controversia honesta, del premio a los más capaces, de la convivencia generosa, puede deducirse hasta qué punto su liberalismo era un proyecto de sociedad fundada en el imperio del respeto mutuo y de la comprensión y tolerancia. Seguramente por eso le emocionaban estos versos de Antonio Machado encontrados, según me dijo, junto a los que antes mencioné:

Libertad, para tenerla
no hay que saber conquistarla,
sino saber merecerla.

Así era la libertad que Marañón quería, libertad merecida con el sacrificio de egoísmo y vanidades, no sólo conquistada por el imperio de la fuerza ni mantenida por la rigidez de los reglamentos. ¿Era esa libertad de este mundo? Marañón creía que sí, y si le hubiésemos preguntado que cuándo llegaríamos a disfrutarla, acaso hubiera contestado con aquel gesto suyo característico, fruncida la nariz y proyectados los labios en un gesto de fruición: "Pronto, muy pronto". Sabía perdonar como muy pocos, sin dar al perdón acento de regalo magnánimo, sino más bien color de vicisitud compartida. En cierta ocasión, ausente de España, llegó a él la noticia de que algunos de sus discípulos lo habían negado; quien le llevaba la desoladora nueva le dijo: "Son unos Judas". Marañón replicó: "Judas, no; son Pedros".

Para concebir la realización de una obra ingente como la que Marañón llevó a cabo, es necesario comprender el empleo asombroso del tiempo que este hombre practicó. Trapeero del tiempo, solía llamarse a sí mismo. Y, sin embargo, pocas veces se le veía presuroso o agitado. Su formidable economía del tiempo consistía sobre todo en vivir cada minuto con la mayor intensidad, extrayendo de él cuanto podía ofrecerle. La última vez que le ví, antes de volverme a Buenos Aires y unas dos semanas antes de su muerte, fue en su casa. Salió él a recibirme y al preguntarle cómo se encontraba me contestó: "Mal, estoy siempre mal". Y añadió al despedirse: "No hago nada. Lo que tengo es vagancia". Era una broma, un airoso escorzo de su buen gusto, pero ¡qué patéticamente sonaron en mí aquellas palabras! Vivir sin trabajar era algo inconcebible para Marañón. Y ni siquiera en esto era intolerante o dogmático. Alguna vez me refirió regocijado, no recuerdo exactamente a propósito de quién, que decía de sí mismo: "Hay años que se levanta uno sin ganas de trabajar". Y de su admirado amigo Paul Valéry decía que pasaba larguísimas temporadas sin hacer nada y que esta especie de hibernaciones espontáneas protegían en su momento oportuno la delicada floración de su lirismo. Pero todo eso esta-

ba bien para los demás; para él aplicaba su máxima de que no trabajamos y creamos porque vivimos, sino que vivimos porque creamos. En 1959, después de su primer episodio cerebral, cuando todos le instaban a que descansara, escribió estos versos que son la expresión más acabada de su tremenda fuerza espiritual, de su inigualable voluntad de progreso; versos que son como un testamento y que dejó en el aire para que sean suyas las últimas palabras que he de decir: Dicen así:

Vivir no es sólo existir,
sino existir y crear,
saber gozar y sufrir
y no dormir sin soñar,
Descansar . . .
es empezar a morir.

J. REFORZO MEMBRIVES

Paraná 1185, Buenos Aires